

EL DOCTOR DIEGO TAMAYO

A morir, en 1926, el doctor Diego Tamayo, publiqué en la revista *Médica* un artículo en que recordaba tres momentos culminantes en mis relaciones con mi admirado profesor. Creo interesante reproducir lo esencial del artículo.

I

Cómo me conoció el doctor Tamayo

En los comienzos del curso de 1915 a 1916, la Escuela de Medicina se agitaba en una campaña política previa a las elecciones en que debía designarse la nueva directiva de la Asociación de Estudiantes de Medicina. Uno de los candidatos a la presidencia era Domingo Freyre y el otro era yo. Se trataba de un simulacro de lo que eran, en aquella época, las campañas políticas.

Mis agentes electorales utilizaban los medios de propaganda usuales entonces y no había muro ni pared colindante a la escuela, ni árbol del patio respetados por mis secuaces. Donde quiera aparecía mi nombre adornado con las cualidades que, a juicio de mis agentes, debían influir en el cuerpo electoral para determinar mi triunfo en las urnas.

Una tarde, al entrar en el aula donde el doctor Tamayo explicaba la cátedra de Patología Médica, nos sorprendió ver en la pizarra una verdadera labor caligráfica. Decía así:

«¿Quién es el presidente indiscutible?» y debajo, con letras enormes: DIHIGO.

Todos quedamos sorprendidos, pues el artista anónimo había realizado su trabajo privadamente.

El doctor Tamayo entró con su paso lento y majestuoso, leyó en alta voz el pasquín, sonrió y no hizo comentarios. Comenzó su explicación y, a poco, sacó del bolsillo de su chaqueta un pliego de papel y dijo:

—Uno que tenga buena letra me va a hacer el favor de copiar en la pizarra este cuadro sinóptico de las enfermedades exantemáticas.

Parece que la condición impuesta de la buena letra cohibió a los estudiantes y, al no presentarse ningún voluntario, dijo el profesor:

—Ya que nadie quiere venir, no le quedará más remedio que sacar la cara el «presidente indiscutible», a Dihigo.

Me quedé desorientado. ¿Estaría mi caligrafía a la altura de todas las magníficas cualidades que se me atribuían en los pasquines?

Y, al recibir de sus manos el cuadro sinóptico, quedó sellada una amistad terminada únicamente por la muerte, en que, por parte de él, hubo afecto paternal y desinterés generoso y, por parte mía, una devoción sincera y una admiración ilimitada.

II

Cómo aprendí a admirar al doctor Tamayo

Los alumnos que asistimos a las consultas de los sábados en el Dispensario Tamayo y vimos al doctor derramar su ciencia y su bondad sobre tanto desheredado, no podemos olvidar aquella sala rectangular, provista de bancos donde aguardaban los enfermos y al extremo de la cual estaba situada la mesa del doctor Tamayo, rodeada de sillas ocupadas por sus alumnos.

Allí aprendimos a recetar las pildoras del doctor Blancard, el agua de la salud y el vino de quina y cola. Allí nos enteramos de lo que era el «precepto hipocrático».

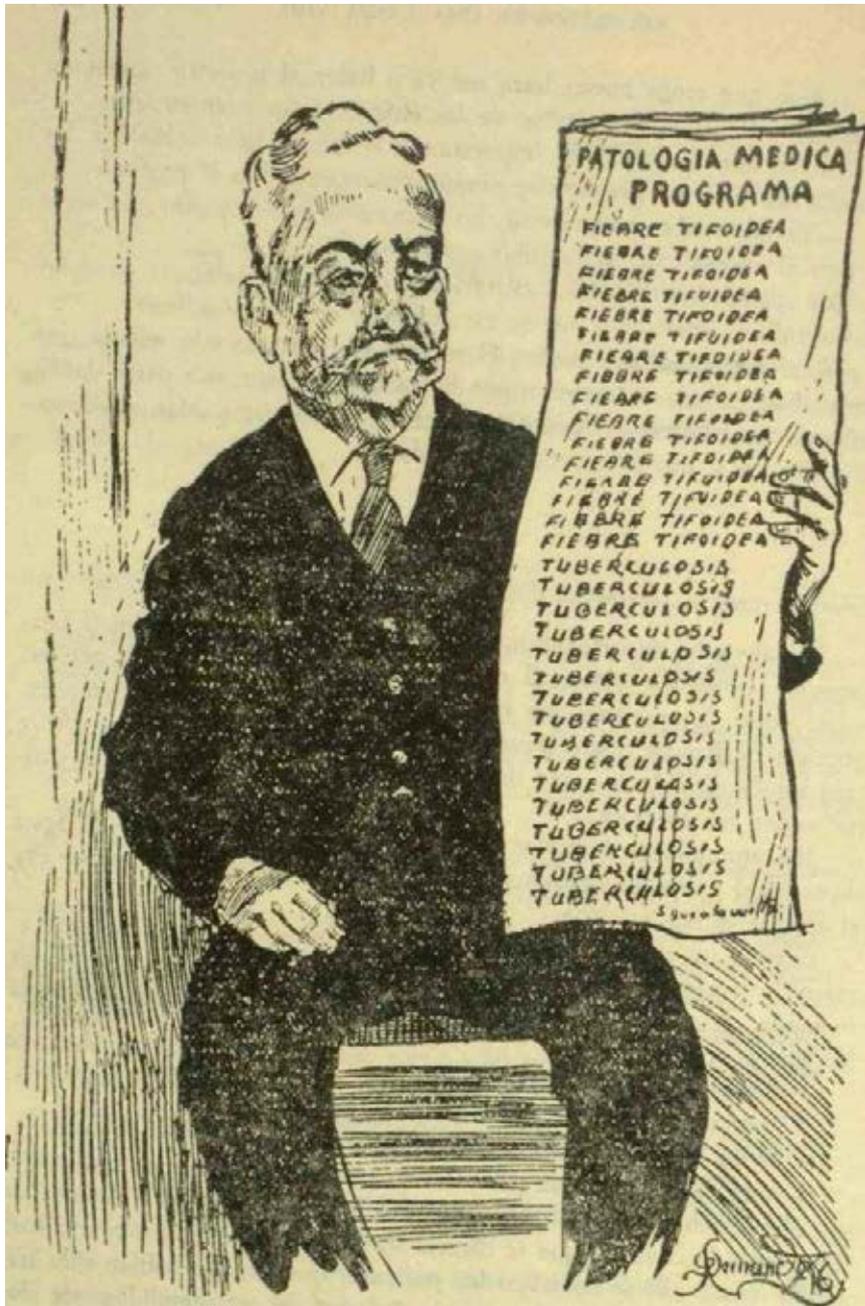
Cuando un enfermo le decía que estaba muy aliviado, el doctor Tamayo le preguntaba si se habían terminado las medicinas que estaba tomando. Si contestaba afirmativamente, se dirigía al alumno que hacía las recetas y le ordenaba:

—Aplica el precepto hipocrático.

Y, por si había algún alumno nuevo, aclaraba:

—Decía Hipócrates: «Lo que aplicado mejora, continuado cura.»

Era tal la afluencia de pacientes y, por otra parte, se detenía tanto en el examen de los mismos, que fue necesario desviar a algunos de ellos hacia la consulta que se ofrecía simultáneamente en un cuarto contiguo. Hacia allí se enviaban los pacientes que aun no habían sido tratados por el doctor Tamayo y que habrían de ser atendidos por dos alumnos de quinto año.



Diego Tamayo

Desde que estaba en el cuarto año solicité una de esas plazas y, al comenzar el último año de la carrera, comencé a desempeñarla. Como las recetas se despachaban en la farmacia del propio dispensario y nosotros no teníamos personalidad profesional, por orden del doctor Tamayo firmábamos con su nombre.

Una tarde, después de esperar su turno largo rato, le tocó consultarse a una mujer negra, vieja, pulcra y arrugada como una ciruela pasa.

Al indicarle el viejo profesor que se sentara y le hiciera la relación de sus padecimientos, se desarrolló el siguiente diálogo:

—No é con usted con quien yo quiero vedme.

—¿Con quién te quieres ver tú?

—Con el dotó Tamayo.

—Yo soy el doctor Tamayo.

—Entonces, con quien yo quiero vedme é con Tamayito, é que da la consulta en el otro cuarto.

Un coro de risas estalló en la concurrencia y Tamayo, sereno e inmutable le dijo:

—Está bien, espera tu turno en la otra sala y te atenderá Tamayito.

Cuando me enteré de lo ocurrido, pensé: «Perdónala, Señor, que no sabe lo que hace».

Por algún tiempo no pude sustraerme a las consecuencias del equívoco y mis compañeros me llamaban frecuentemente Tamayito.

III

Cómo aprendí a querer al doctor Tamayo

Faltaban solamente dos meses para los exámenes de junio y yo me consideraba ya casi médico. El especialista de Garganta, Nariz y Oídos del dispensario había solicitado un mes de licencia y las consultas de esas especialidades habían sido suspendidas temporalmente. Entonces solicité hacerme cargo de ese trabajo, además de mis consultas de los sábados. Esas ramas de la medicina me atraían fuertemente y pensaba dedicar mis actividades futuras al cultivo de las mismas.

Durante los primeros días fui resolviendo los casos con indicaciones médicas y con las pequeñas manipulaciones propias de la especialidad, pero, más tarde, se presentó una niña con unas amígdalas enormes que pedían a gritos su extirpación.

Se me planteó un problema de conciencia. Yo no había realizado nunca la operación y me pareció que era abusar de la confianza del doctor Tamayo aventurarme a un fracaso sin tener el título de médico.

Aplacé la solución del problema y cité el caso para la próxima semana. Consulté al doctor Tamayo, y al terminar mi relación, me dijo:

.—Opérala y no le digas cómo tú te llamas. Si queda bien, le dices que tú eres el doctor Dihigo. Si no quedas satisfecho, le dices que eres el doctor Tamayo. Un fracaso más en mi vida importa poco.

Esa generosidad, ese desprendimiento de su propio prestigio para alentarme, me dio ánimo y operé a la niña sin necesidad de cargar un fracaso en su «debe».